

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Ilusiones.



—Es decir, que con diez duros podría yo comprar un décimo, y con el décimo me podrían tocar sesenta mil duros, y con los sesenta mil duros podría comprar ciento cincuenta mil cosas de á dos pesetas... ¡Lo malo es que no tengo los diez duros, caramba!

SUMARIO

TEXTO: Advertencia.—De todo un poco, por Luis Taboada.—También hay duelo en las damas, por Angel R. Chaves.—El premio gordo, por José Estremera.—Contra los sabañones, por Juan Pérez Zúñiga.—Extraordinaria, por Eduardo de Palacio.—Vanos propósitos, por Sinesio Delgado.—Menudencias, por J. Gascón Cubells, Luis Sánchez Rubio y Federico Canalejas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Ilusiones.—Cambio de estado, por Cilla.—El tambor de granaderos, diez viñetas.—Los capitalistas.—Cubierta de *Los Barrios bajos*, por Cilla

★

Advertencia.

Por una serie de peripecias, que no es del caso relatar, este número ha tenido que hacerse y arreglarse más de prisa y corriendo que de ordinario.

Baste decir que sin el *tour de force* de los talleres de Laporta, que nos han entregado los fotograbados del *Tambor de granaderos* á las treinta y seis horas de recibir las fotografías, el conflicto hubiera sido de primer orden. Con todo y con eso, en la imprenta ha tenido que andar de cabeza todo el mundo; y lo digo para que si encuentran ustedes algún defecto tipográfico, chico ó grande, en el presente número (que ya procuraremos que no los haya), tengan la bondad de darlo por no visto.

Y hasta otra.



Los autores serios están de malas. *María Rosa*, de Guimerá, ha sido retirada de los carteles, y *Los condenados*, de Galdós, no ha gustado al público.

¿Será verdad que el género triste está llamado á desaparecer? Libreme Dios de negar importancia á este interesante ramo del

arte escénico. Aplaudo y me postro ante el talento de los seres superiores que escriben dramas, pero no me gusta ir á sufrir al teatro, y por mi gusto casaría á todos los personajes al final de las obras.

Cuando veo que la dama se fia del galán, que es un bribón, y le entrega la honra suponiéndole un caballero fino y reservado, me entran deseos de llegar á las puertas del cuarto donde se viste la primera actriz y decirle:

—¿Da usted su permiso?

—Adelante.

—Pues vengo á advertir á usted que el galán es un pillo y que no debe usted darle alas, porque sé que se anda alabando por ahí de cosas que han pasado entre ustedes.

Bien sé que con este sistema no habría dramas; bueno, pues que haya comedias. ¿Acaso es inferior el *Critico incipiente*, del ilustre Echegaray, al *Gran Galeoto*? No, señor, y tenemos además la ventaja de que el *Critico* nos regocija durante toda la noche, mientras que el *Galeoto* nos aprieta el corazón y salimos del teatro con la mente llena de ideas tristes, pensando en nuestros difuntos queridos y en todo cuanto reviste caracteres de amargura.

Á mí deme usted comedias, comedias sin catástrofe, con boda al final; y el que quiera sufrir «por gusto», que se vaya al cementerio ó que se case.

* *

Ahora nos ha entrado el furor por la esgrima, y aun las personas menos bélicas se dedican á aprender el manejo de la espada. Carbonell, Sanz y Broutin ven con satisfacción que el número de discípulos aumenta considerablemente.

—Buenos días, maestro—va á decir á uno de estos un caballero anciano con cara de ángel pacífico.

—Felices.

—Yo venía á ver si me suelto en el uso del *sable*.

—¿Trata usted de pedir dinero á las personas conocidas?

—No, señor; yo lo que deseo es aprender esgrima para adquirir agilidad y por si mañana me veo en un lance.

—Excelente idea.

—Desearía que me enseñara usted un golpe certero, porque verá usted: hay uno en mi oficina que siempre me está faltando, y si yo supiera manejar un arma ya le hubiera llevado al terreno del honor. Él tiene un lobanillo sobre la ceja izquierda.

—¿Y qué?

—Que quisiera aprender un golpe seguro para rebanarle el lobanillo.

El maestro se dedica á enseñarle el manejo de las armas y nuestro hombre se pasa una hora todos los días dando tajos al aire y recibiendo golpes de su contrario en varios sitios del cuerpo.

Cuando regresa á su domicilio se deja caer sobre una silla diciendo á su esposa:

—¡Ay, Paca! ¡Cómo vengo!

—¿Te han pegado mucho hoy?

—Muchísimo; traigo deshecho este hombro, y además me han señalado tres pinchazos en hueso y una estocada tendida en este vacío.

La esposa le pone unos pañitos de árnica y le acuesta en el sofá, porque á él no le gusta quedarse solo en la alcoba. En cuanto le dejan abandonado, cree ver al del lobanillo con un raspador en una mano y una regla en la otra, diciéndole:

—Aprende, aprende á tirar al sable, majadero, que ya verás la paliza que te doy sin saber esgrima.

En fin, la mayor parte de los que tiran son unas buenas personas, incapaces de pinchar una corredera ni de afeitar á un amigo por el temor de hacerle sangre, pero la moda se impone.

Á mí me decía un petardista famoso que tiene su actual residencia junto al café Inglés:

—Me río yo de los maestros de esgrima. ¡Enseñarme esgrima á mí, que soy capaz de darle un sablazo de cinco duros á la diosa Cibeles!...

* *

La muerte del león *Regardé* ha producido verdadero entusiasmo entre los amigos del toro.

¡Qué honra para el país!

¡Un toro español, criado á nuestros pechos como quien dice, haber vencido á un león africano!

Y eso que no tuvimos la suerte de ver sangre en la plaza. Nuestro paisano, ó sea el toro, con una modestia que le honra, se limitó á herir á su víctima sin causar destrozos y dijo para sí:

—Anda, que ya vas despachado. Tengo la seguridad de que esa herida se te encona.

La herida se enconó, efectivamente, y una mañana *Regardé*, según *La Correspondencia*, apareció hecho un garrote.

Al toro le daremos una condecoración, ó puede que le concedamos los honores de jefe superior de administración civil.

Y no sería el primer toro que se hallara en este caso.

* *

No cerraré esta crónica sin enviar un saludo cariñoso á Julián Romea, mi querido amigo, por el éxito ruidoso que obtuvo en Lara como autor, actor y músico de la zarzuela *La hija del barba*.

¡Es mucho Julián! ¡Cuántos, con menos talento, han llegado en este país á ministros de la corona!

¡Señor, qué mundo éstel!...

Luis Taboada.

★

TAMBIÉN HAY DUELO EN LAS DAMAS

(RECUERDOS DE HACE DOS SIGLOS)

Á MI QUERIDÍSIMO AMIGO CELSO LUCIO

Sobre si el mosto era malo, sobre si era bueno el mosto, las teces descoloridas y encarnizados los ojos, de casa de los pellejos tomaron rumbo hacia el soto Añasco y Garavatea, jaques tan de tomo y lomo, que al verlos doblar la esquina no hubo en la ermita uno solo que no entonara en voz baja

por el ya muerto un responso.

—A celos me sube el tufo—

murmuró de allí á muy poco

Marica la Desmirlada,

peinando á uñadas el moño.

—No te precias mal de olfato—

la replicó por lo ronco

la Guanta, que anda bebiendo

por Añasco el viento á sorbos.

—¿Será que Garavatea

haya puesto en ti los ojos?

—O que Añasco por servirme
haya picado en celoso.
—Aunque humilde, soy muy dama
para recoger despojos
de quien busca sus galanes
en la mitad del arroyo.
—Y yo, aunque hacienda me falta,
tengo demasiado tordo
para vivir de quien vive
de lo que pecan los otros.
—¿Te da martelo algún duque?
—Más bajo mis miras pongo,
que hoy no hay grande que no sea
pariente de Puño-en-rostro.
Y pesia tal, mis encantos
aún no están tan en su agosto
que haga lo que hacen algunas
que pagan lo que yo cobro.
—¡Ténganse allá las tres Gracias!
¿Qué poetas en tu encomio
derrochan coral en labios
y amaneceres en ojos?
—Los mismos que, al compararte
del rosal á los pimpollos,
alaban tus lozanías,
Antón Martín se haga sordo.
—Gracias á Dios que esos cuartos
de salud vierten arroyos:
de Moisés actuó el barbero,
y ya no hay pierna sin chorro.
—¿Eso te lo dijo Añasco?
—No, sino el hi del demonio,
que está haciendo que mis uñas
se pudran de reconcomio.
—¿En qué quieres emplearlas,
mi reina?
—En ver si en tu moño
del asno en que te azotaron
hallo cerda á cerda el jopo.
—Pues de otro ahorcado los dientes
encarga, que sin adobo
á comer vas como Añasco

huesos usados por otros.—
Y sin dar lugar la iza
á más kyries ni responsos,
un jarro lanzó á la Guanta
por pañizuelo á los morros.
Esta, estimando el obsequio,
entre encías gruñó un voto,
y la daga de los gatos
esgrimió con tanto arrojo
que, antes de que su enemiga
pudiera ponerse en cobro,
la escribió sobre la cara
tres fojas de un protocolo.
Mas ¡ay! el hado en la guerra
es voltario y caprichoso,
y cuando iba la victoria
ya de la Guanta en abono,
cayendo la Desmirlada
sobre su adversaria á plomo,
aferró forzada y ágil
con las rodillas sus hombros.
Y al dar á la luz del día
todo lo al revés del rostro,
si no aplicó los doscientos,
le debió faltar muy poco.

En tal punto del alarde
estaba aquel paso honroso,
que del ilustre senado
era solaz y albórozo,
cuando éste, sin admirarse,
halló en la puerta de pronto
á Añasco y Garavatea,
flamantes Cástor y Pólux,
que de su amistad lo firme
demostrando á puros sorbos,
al contemplar la batalla
con un desdén lastimoso,
estropajosos de frase,
murmuraban casi á coro:
—¡No merecen tales hembras
dos hombres como nosotros!

Angel R. Chaves.



—¡Adiós, espejito de mi vida! Ésta es la última vez que me ves soltero. Desde mañana ya no es para ti solo esta carita que tanto te gusta...

El premio gordo.

Venticinco duros al mes no constituyen un gran sueldo. Pero no tenía más el bueno de Ambrosio escribiendo con un abogado de fama. Es decir, si tenía más, porque de vez en cuando caía alguna propineja de tal cual cliente ganancioso ó esperanzado. Con todo, si llegaba á reunir un sobresueldo de dos mil reales era todo lo de Dios.

Sin embargo, Ambrosio, ó era feliz, ó le faltaba muy poco, porque tenía contadas necesidades, era modesto en sus aspiraciones y las llenaba casi todas.

Vivía solo, comía en una taberna por módico precio, vestía con decencia, y gracias á su sistema económico todavía le sobraba para comprar una cajetilla de á real cada dos días.

Estando en esta situación llegó una vez el mes de las Pascuas, y Ambrosio, á fuerza de aguinaldos, llegó á reunir un plus de quince á veinte duros. Los cuales pensó que no habían de gastarse sino en cosa útil para el cuerpo, sin ser perjudicial para el alma.

Nunca hasta entonces le había tentado el demonio de la codicia, pero ¡que diablo! en tal época Madrid es una continua tentación que despierta ó aviva la sed de oro: en cada tienda se ven letreos que anuncian la suerte, los vendedores ambulantes la pregonan á grito herido; y no hay amigo, ni sirviente, ni mozo de café, ni aun desconocido que no nos ofrezca una participación en el billete que ha de salir precisamente agraciado con el premio gordo.

Ambrosio pensó también en el tal premio y que podía tomar nada menos que un décimo para él, ¡para el solo! y que podía tocarle... y aún pensó en qué emplearía su caudal, en el posible caso de alcanzar los favores de la fortuna. Y después de pensar durante varios días si jugaría ó no, y de pesar y medir *in mente* las probabilidades que tenía en favor y en contra, cerrando los ojos como quien toma una pócima desagradable, entró en una administración de loterías y pidió un décimo. El lotero le alargó el número 5.555 y á él le pareció precioso, sonoro, elegante y de los que tocan.

Pero ¡oh dolor! en seguida comenzaron á entrarle serios remordimientos, ¿cómo había de tocarle la lotería á él que había nacido para ochavo? ¡Qué lastima de diez duros! ¡Cuántas cosas hubiera podido hacer con ellos! ¡Qué bien hubiera pasado la Navidad aquella, en que había reunido más dinero que en toda su vida!

Con estas cavilaciones el pobre Ambrosio estuvo á punto de llorar.

Pero «¡Ah!—pensó dándose una palmada en la frente, como es fama que hacen todos aquellos á quienes ocurre una gran idea.— Todo se puede arreglar aún: los décimos se han concluido en todas las administraciones; mucha gente se ha quedado con deseo de jugar: daré parte de mi billete»; y al portero dos pesetas, á la vecina un duro, al compañero de oficina tanto, tanto á éste y al otro, se fué el décimo en pedacitos, y cuando echó sus cuentas vió que tenía entero el papelito, pero que no le quedaba, si la suerte le favorecía, más participación en el premio que una cincuentava parte.

«La lista grande» pregonaron pocos días después millares de mujeres y chicos corriendo incesantemente de acá para allá por las calles de la corte. En aquel momento volvió el indeciso Ambrosio á sentir remordimientos y tristezas, porque de salir premiado el número había regalado bonitamente una fortuna á varios ciudadanos cuya suerte le tenía completamente sin cuidado. con lo que ni aun se atrevió á comprar la lista grande.

Lo cual fué completamente inútil, porque apenas había oído los primeros pregones, vinieron primero la portera, y después un vecino y luego varios sujetos de los que tenían participación en el número reventando todos de gozo con sendas listas en la mano á anunciarle que les había caído nada menos que el premio grande.

Desisto de pintar la impresión que tal noticia causó en el ánimo y aun en el físico del no sé si llamar afortunado ó desgraciadísimo Ambrosio. Al júbilo que le causaba pensar que había sido *tan agraciado* unía la pena de haber repartido tan largamente el derecho al millón.

Corrió la noticia con velocidad eléctrica por la vecindad, por el barrio y aun por el distrito entero. La voz general repetía que el agraciado con el premio gordo era Ambrosio, porque siendo el poseedor del billete, dejaba sin notoriedad á los demás agraciados, cuya participación en aquella gran ventura era generalmente desconocida.

Los periódicos de la noche publicaron artículos de fondo contando pintoresca y fantásticamente con minuciosos detalles, no todos ciertos y verosímiles, pero que daban gran amenidad al relato, que el héroe del día era el Sr. D. Ambrosio Barragán, cuya vida contaba cada uno á su manera.

Comenzaron á acudir á la casa murgas, floristas y varios de esos industriales que se dedican á sacar el dinero al prójimo á fuerza de felicitarle, y como, después de todo, él era el agraciado con el premio grande, no hubo más remedio que contentarles á todos.

Cobróse por fin el premio, que percibió él en persona, lo cual acrecentó su fama de rico, y con la honradez que le distinguía repartió en seguida el capital entre todos los copropietarios del décimo.

No tardaron en llegar cartas de su pueblo en que parientes

TEATRO E ESLAVA
EL TAMBOR DE GRANADEROS

Gaspar (A. BRÚ.)

D. Pedro y Quintana.
 (SRES. GARCÍA Y CARRIÓN.)



Abanderado (SR. ZALDIVAR.)



D. Emilio Sánchez Pastor.
 AUTOR DEL LIBRO



D. Ruperto Chapí.
 AUTOR DE LA MÚSICA.



-- Dominus vobiscum
 Contesten á dúo:
 -- Espiritu tuo.
 -- Per semper.
 -- ¡Amén

-- Y su esposo en archivo,
 chivo, chivo, hi está.

¡Banda de timores.



-- ¡Que milagro, cielo! ¡Oh!
 -- ¡Qué milagro, cielos! ¡Ah!
 -- ¡Cómo miento, cielo, yo!
 -- ¡No hay mayor embuste ya!

El coronel (SR. BANQUELLS.)

El lego (SR. PINEDO)



-- Yo tengo que estudiar la topografía del terreno. ¿Hacia dónde caerá la bodega?



-- Mi mayor placer sería fusilar media docena de frailes.



SRTAS. DIEGO, DÍAZ, ESPINOSA, BARRAGÁN, ELDOZAIN, MONTERDE, LIZCANO, BARINAGA, GONZÁLEZ.
 (FOTOGRAFÍAS DE COMPAÑY)

amigos y desconocidos le felicitaban con gran desinterés y no menor efusión.

Como era honrado y buen hijo, decidió en primer lugar y sin dudar un momento dar á su padre, anciano y pobre, la mitad de la cantidad que á él le correspondía. Hizolo así y en la carta en que su padre le acusaba el recibo de la letra, mostrándole un agradecimiento en que el pobre Ambrosio advirtió un no sabía qué de frialdad, leyó con bastante descontento estos renglones:

«No estaría de más, afortunado hijo mío, que ya que eres poseedor de los diez millones de reales, te acordaras también de las tres hermanas, que sabes cuán necesitadas están.» En vano protestó Ambrosio, diciendo á su padre cual era la verdadera cantidad que le había cabido en suerte: *los papeles* habían dicho que él, Ambrosio Barragán, era el premiado con el gordo, y pues los papeles lo decían era verdad evidente, puesto que bien saben ellos lo que se dicen.

Con esto no tuvo más remedio que mandar quinientas pesetas á cada una de sus hermanas, cuyos maridos le contestaron agradamente y poco menos que insultándole, amenazándole de devolverle aquella *limosna*, amenaza que no cumplió ninguno de ellos.

Creyendo el abogado con quien trabajaba que, siendo rico Ambrosio, no querría volver á servirle de escribiente, dió su plaza á uno de los varios que la solicitaban. Cuando el infeliz depuesto lo supo, no quiso reclamar porque su conciencia no le permitía quitar el pan á algún infeliz como él, que tal vez fuera padre de numerosa familia.

Pretendió nuevos empleos y en todas partes se burlaban de él ó le rechazaban, creyendo que era sórdida avaricia el pretender destinos modestos un hombre millonario.

Y al cabo de otro sinnúmero de desdichas, pobre y desesperado, tuvo que pedir asilo á su padre, el cual, creyendo que aquella pobreza era hija del vicio y de la disipación, acogió, á semejanza del de la parábola, como hijo pródigo al poseedor del famoso 5.555, premiado con el gordo.

José Estremera.

Los capitalistas.



—¿Y qué te han dao?
—Una perra chica por junto... Chico, ya no va dando resultao el decir que te has muerto y que no tengo pa enterrarte.

CONTRA LOS SABAÑONES

Cuando los fríos diezman
las poblaciones,
suelen salir racimos
de sabañones,
tanto á los jovencuelos
como á las viejas,
en los pies, en las manos
y en las orejas.

Para evitar que piquen
y den tormentos,
se han inventado muchos
procedimientos,
y los hay tan curiosos
que he de apuntarlos,
por si ustedes quisieran
utilizarlos.

Á un hortera del ramo
de ultramarinos
se le ponen los dedos
como pepinos,
y me han dicho que el pobre
suele frotarse
con sudor de ministro
para curarse.

Cierta duquesa gasta
los sabañones
en la parte nordeste
de los talones,
y yo sé que los lunes,
en la escalera
se los lame la gata
de la portera.

Un señor de Barbastro
que es algo sordo
y ostenta en las narices
uno muy gordo,

dice que se le alivia
(¡qué pobrecillo!)
dándole cuatro golpes
con un martillo.

La mujer del alcalde
de Villambrones,
que en las orejas tiene
diez sabañones,
va muy temprano al templo
con otras viejas,

á que la muerda el cura
las dos orejas.

—¿Qué más? Yo mismo, á fines
del mes de Mayo,
logré curar á Irene
la de Moncayo.

Á pesar de ser novia
de Juan Porrónes,
la molestaban mucho
los sabañones.

—¿Qué haré? (me dijo un día,
desesperada).

¡Ningún medicamento
me alivia nada!

—¿Quieres hacerme caso?
(la dije á Irene).

Cásate con Porrónes
el mes que viene.

Y mi consejo ha sido
tan provechoso
que ha dado un resultado
maravilloso,

pues la echaron en Junio
las bendiciones
y ha pasado el verano
sin sabañones.

Juan Pérez Sainza.

Extraordinaria.

Yo nunca había estado en el Congreso á ver una sesión.
Pero se anunciaba una de gran espectáculo, y pensé en procurarme billete para presenciarla.

—Habré revendedores— me decía yo,—y si no los hay, pediré una entrada á cualquier chico de la prensa amigo mío.

¡Qué apreturas!

¡Y cómo estaban aquellas tribunas, de señoras y señoritas, cuerpos diplomáticos y cuerpos buenos y caballeros de corps!

Las gentes que no habían conseguido billetes, nos veían con envidia entrar en el establecimiento.

¡Qué efecto el del salón!

Parecía un «chapeo ardiente» (chappelle ardente), según traduce un bribón de folletinista.

¡Qué abuso de agua, dulces y «embolaos», y pastas y «Xerés!»

Las orejas, que suelen servir de termómetro en las «grandes agrupaciones», marcaban cuarenta y cinco grados cuando menos.

Lo que á mí me pareció «tendido», y eran los escaños, estaban llenos de diputados, unos calvos y otros con el cabello rizado.

Nunca había yo visto á tantos juntos.

—¿Hablan todos á un tiempo?— pregunté á un caballero «colindante».

Y me respondió:

—No, señor; y algunos no hablan ni solos.

Luego entró el presidente y se sentó en su puesto.

Pero en silencio, como habían entrado los representantes: sin música y sin palmas.

Sonó la campanilla presidencial, y quedó el salón en silencio.

—¿Ahora quién sale?— pregunté á mi vecino.

—¡Usted se burla de mí!— replicó indignado el caballero.

—No, señor, no me burlo— insistí humildemente:—es que no había entrado jamás en este coliseo.

En esto oí que pedía la palabra con suma necesidad uno de los señores calvos.

Lo cual que me extrañó; porque, si hablaba, ¿cómo pedía la palabra?

Así le respondió el presidente, con razón:

—Su señoría la tiene.

¡Y poco que habló de Hacienda y sus complicaciones!

Como que se quedó solo.

No quedó en el salón ni un diputado que le objetase una palabra.

Cuando yo desperté, después de tres horas, continuaba hablando el calvo.

Después se levantó otro diputado muy gallardo.

En el salón se desarrolló cierto olor á esencias suaves y delicadas.

★

En las tribunas se notó algún movimiento.
Las damas suspendieron sus conversaciones para atender al orador.

El salón se llenó de diputados: no cabían en los escaños.

—Habrán vendido más billetes que asientos hay—observé.

—No disparate usted—gruñó mi vecino.

Empezaba la discusión política.

—Señores diputados—así empezó el predicador,—pocas veces ha resonado en este anfiteatro, como ahora, la voz de la verdad.

(Rumores generales.)

—Nada me importa de vuestras protestas—continuó el orador.—Conozco los móviles y los desprecios.

(Más rumores y alguna voz que grita «¡Fuera!»)

—¿*Quisque tande, Catalina?* ¿Hemos de vivir siempre callando, sin protestar contra los abusos, contra las irregularidades, contra la verdadera tiranía de un gobierno inepto, incapaz, canalla y granuja?

En los bancos de la mayoría se advierte cierta agitación.

En los de las oposiciones se oye alguna palabra de aprobación al orador.

—Esas palabras—replica uno de la mayoría—son casi injuriosas.

—¡Las repito—grita el tribuno perfumado—y las sostengo aquí y en todas partes!

—¿Qué ha de sostener su señoría? ¡Embustero!

—Señores—media el presidente,—orden en los insultos, ó levanto la sesión.

—Nos ha llamado «granujas»—vocean varios.

—Hablo de la colectividad ó, mejor dicho, de la entidad gobierno, sin descender á particularidades.

—Explicadas así las palabras—opina el presidente,—creo que no habrá lugar á molestarse, y que quedan á salvo la dignidad del diputado y el de-coro de ambos sexos personal.

—Por lo demás—continúa el hablador,—bien sé yo lo que os debe la patria: su deshonra, su vergüenza, lágrimas, sangre, miseria y ruina.

Voces.—¿Y á vosotros, pilletes?

Otras.—¡Miserables! ¡Presidarios, callad y oíd verdades!

El presidente.—Orden, señores, orden. Se levanta la sesión y queda constituido el Congreso en sesión secreta.

¡Qué excitación! ¡Qué alarma!

—¡A la calle todo el mundo!—repetían los porteros.

—¡A ver, usted, á la calle!—me gritó uno de ellos.

—Hombre, ya voy—respondí.—¿Por dónde quiere usted que salga?

En la calle encontré á varios diputados de uno y de otro bando; es decir, del de «pilletes», según unos, y del de «granujas», según otros.

Iban juntos, hablando de los accidentes de la lidia.

Yo temí que concertaran algún lance personal.

Pero no: entraron á comer en el hotel de Rusia, como hermanos carnales ó como hermanos de leche.

Eduardo de Palacio.

VANOS PROPÓSITOS

Tengo la costumbre cuando acaba el año (y hace diez ó doce, que es lo más amargo) de pensar que el tiempo no se pasa en vano, y es inocentada no querer notarlo. —Vaya, tú (me digo), hay que hacerse cargo de las circunstancias y aguantar el cambio. No eres un chiquillo, puedes ser jurado y tener no debes cosas de muchacho. Basta de bromitas, de correr jugando, de reír por todo, de charlar de largo y de hacer juguetes para los teatros y de andar de noche por los escenarios. Ya eres hombre serio lleno de cuidados, y es inútil que hagas por disimularlo. Hay que hablar poquito, hay que andar despacio y escribir poemas en catorce cantos.

Tienes que acostarte siempre muy temprano, trabajar con orden y lo necesario, nada de barullo, nada de entusiasmo, que á tu edad ya sabes que resulta falso. ¡Sienta la cabeza! ¡Sé prudente y cauto! Mira que es probable que sin tú notarlo, por querer echarlas de chiquilicuatro, todos te supongan necio rematado.— Esto es lo que pienso y en seguida ¡claro! me prometo y juro no hacer más el paso. Pero llega Enero, voy á realizarlo y... exclamo delante del espejo:—¡Diablo! ¡Pues si estoy lo mismo que el año pasado! ¡Visto está que nada justifica el cambio!— ¡Y de esta manera siempre juro en vano y en los veinticinco Diciembres me planto!

Sinesio Delgado.

MEJUDENCIAS

¿Que acabó nuestro amor, y que por ello hemos de devolvernos todo aquello que nos dimos en prueba de ternura? Mira que me parece una locura; porque, si ha de ser *todo*, Rosalía, ¡vas á probar que me amas todavía!

Porque de aquel amor curé del todo, me pides un remedio acongojada con que curar tu *palidez*. No hay modo. ¡No es posible ponerte colorada!

F. GASCÓN CUBELLS.

Como espada de cartel Salivilla fué á Daimiel, y un fracaso presintiendo, al ver al primer *burel* del pueblo salió corriendo.

Tras él el público echó, y... en vista de que salvó por sus muchos pies la vida, el hombre telegrafió:

«Sin novedad. *Gran corrida*».

LUIS SÁNCHEZ RUBIO.

No alabes nunca á un amigo delante de tu mujer; no quiera saber si es cierto lo bueno que dices de él.

Hay que tomar á broma el quinto paraíso de Mahoma. A duras penas creo que haya perlas, diamantes y rubíes y goces á medida del deseo, ¡porque estarán ya buenas las hurfes después de tantos siglos de jaleol

FEDERICO CANALEJAS.

CHISMES Y CUENTOS.

Siento mucho ¡oh, señores! tener que dedicar esta sección entera durante dos números consecutivos á dar cuenta de los libros recientemente publicados, y de los cuales hemos recibido ejemplares; pero la cortesía me obliga ante todo, y como ya están encima el número de fin de año con su índice correspondiente y el Almanaque (que me está dando que hacer lo que no pueden ustedes imaginarse), no es cosa de dejarlo para el año que viene.

El primero de los libros arriba citados se titula *Madrid alegre*, y está formado por una colección de artículos de nuestro chispeante cronista Luis Taboada, con las correspondientes ilustraciones de Pons. Taboada ha logrado formar en poco tiempo una biblioteca humorística que, colocándole á la cabeza de los escritores festivos, extiende y acredita su fama. *Madrid alegre* será, como sus hermanos mayores, es decir, más antiguos, el regocijo de las personas de buen gusto, y se venderá, digo, se está vendiendo que es una bendición. Ustedes no querrán saber más... ¡Ah, sí! ¿Que cuánto cuesta? Pues... tres pesetas cincuenta céntimos, y en todas las librerías lo encontrarán ustedes... hasta que se agote la edición, que no tardará mucho.

La vida inquieta, poesías de Manuel Reina. La crítica formal y la gaceta ligera han estado conformes esta vez al juzgar este tomo, formado por una colección de bellísimas composiciones, dignas en todo de su autor. Si el Sr. Reina no figurara con justicia antes de ahora en preeminente lugar entre nuestros poetas líricos, desde la publicación de *La vida inquieta* lo habría conseguido cumplidamente. Cuesta tres pesetas el libro.

Almanaque de La Ilustración, para 1895. Gran nombradía tienen, y con razón, los almanaques de nuestro distinguido colega, que tanto en la parte *moral* como material pueden competir dignamente con los mejores de igual clase del extranjero. El de este año, es decir, el del año que viene que se ha publicado este año, no desmerece en nada de los anteriores, lo cual constituye su mayor elogio.

La *Colección diamante*, que con grandísimo éxito publica en Barcelona la casa editorial de López Bernagossi, ha dado este mes á la estampa los tomos siguientes:

Tomo 13.—*Fortuna*, de Pérez Escrich, que además del cuento así titulado contiene otros cuatro no menos interesantes.

Tomo 14.—*Rayos de luz*, composiciones poéticas de distintos géneros, notables todas, de D. Angel Lasso de la Vega.

Tomo 15.—*Siguiendo al muerto* y catorce cuentos más del distinguido periodista D. Federico Urrecha, que, como es sabido, cultiva como pocos género tan difícil. En este tomo hay algunos cuentos de grandísimo interés y verdadero mérito.

Tomo 16.—*Los humildes*, cuentos y siluetas, del distinguido publicista D. A. Pérez Nieva, que en revistas y periódicos ha conseguido hacer popular su nombre con razón y justicia.

Cada tomo de éstos, como los anteriores, se vende al ínfimo precio de cincuenta céntimos.

CORRESPONDENCIA

PARTICULAR

J. K. Aloncs.—Bastante viejo el chiste, por desgracia suya.

Un pretendiente á literato.—Siento muchísimo tener que decir por cienmillónesima vez que... no podemos admitir artículos.

Batín.—Bien medidos los versos, pero eso no basta. El asunto no vale la pena.

El conjunciones.—La una vulgar, inocente la otra... ¡todo sea por Dios!

Fernando Poo.—De eso de los refranes se ha sacado ya tanto partido, y tan parecido casi siempre...

Veneno.—Pues... no cuenta usted bien las sílabas. Porque el verso «y tráete también de camino» tiene una de más, y Dios se la conserve.

Desprecia Paños.—¡Ay, ay, ay! ¡Qué malitas son esas coplas!

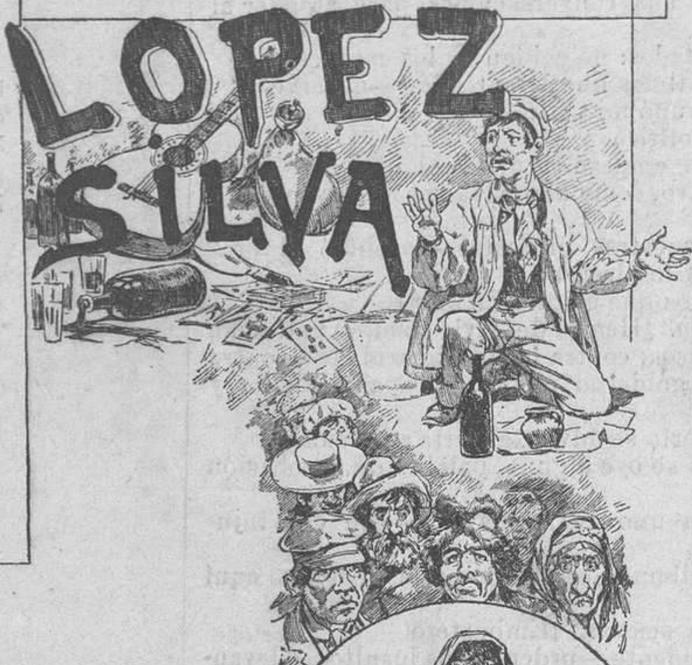
Diabliño.—Flojillo sí es; en eso ha acertado usted como un profeta, pero... por eso precisamente no puede publicarse.

Uises.—¡Caramba! ¡Qué poca miga tiene! ¡Ojalá tuviera tanta miga como asonancias!

Faditas.—¡Umorada sin hache! Vaya, pues ya no hay que leerla.

Sr. D. E. R.—¡Quiá, hombre! Usted no merecerá anatemas fulminantes, porque se ve que sabe lo que trae entre manos. El asunto de ésa no me gusta poco ni mucho; esto es aparte.

Satyro.—Algo así me pasa también con ése. Y además, bueno sería que huyera usted de las asonanzas.



LOS BARRIOS BAJOS

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES EN VERSO

PRÓLOGO

DE

RICARDO DE LA VEGA

Á GUIA DE EPILOGO

DE

Antonio Peña y Goñi.

SEGUNDA EDICIÓN

Por fin podemos ofrecer á ustedes la segunda edición de este libro que hoy se pone á la venta en las librerías de Madrid. En pocos días se agotó la primera. ¿Durará mucho la segunda? No hay para qué añadir que serviremos en el acto cuantos pedidos se nos hagan, así de la corte como de provincias.—Precio del libro: 3 pesetas.

cias. La palabra *sendas* no está bien aplicada á las horas en ese caso.

Un perezoso.—La composición parece, y usted me perdona, de las que hacen los niños pequeños. Y *velo* no se escribe con *b...* todavía. El año próximo Dios dirá.

Sr. D. J. B. de A.—El epigrama no es publicable. En todos los tomos del MADRID CÓMICO hay versos de Vital Aza, desde 1880 hasta ahora. Pero están agotados los de la primera época (80 y 81) y los dos primeros de la segunda (83 y 84.) Pero... puede usted pedir en cualquier librería de esa ciudad el libro *Todo en broma*, en el cual están recopilados todos.

Uno que las empalma.—¡Yal ¡ya se conoce! Porque lo que es del diálogo gitano no he podido atrapar un vocablo siquiera.

P. Lusa.—No encuentro ninguno aprovechable.

Sr. D. M. S.—Contesté como me indicaba á la lista de Correos.

Un erudito.—Pues señor... la verdad, tampoco he entendido el romance. ¿Tendrá *intrínquis* ó no lo tendrá? ¡Vaya usted á saber!

Sr. D. R. G. M.—Sí, sí; ya se ve que es usted ciclista de los buenos y hace los versos á la carrera. Dios le ayude en el peda. y le dé calma para escribir, que son cosas distintas de suyo.

Sr. D. S. G.—Lo malo es que ahora, con el arreglo, tampoco me resultan.

Il Dantino.—Hombre, ¿en italiano macarrónico? Pero ¡si el periódico no es bilingüe!

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPOSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º

Teléfono 934.